

COLECTIVO HARIMAGUADA

Catorce años de experiencias coeducativas.

Los términos coeducación e igualdad de oportunidades entre los sexos son cada día más escuchados en nuestros centros educativos.

Tras muchos años de reivindicaciones desde el movimiento feminista, de trabajos y reflexiones por parte de muchos colectivos de mujeres, ya hoy en las circulares de la Administración, en los diseños curriculares, en los libros de texto... se recomienda hacer una enseñanza coeducativa. Sin embargo, expresiones como «Pero... ¿eso no lo llevamos haciendo ya desde hace bastante tiempo?», « Desde la ley del 70 tenemos a los niños y a las niñas juntos», «En este centro siempre hemos tratado igual a los niños y a las niñas»... suelen ser cotidianas cuando surge este tema en nuestros centros.

Porque, realmente ¿ qué es coeducar?

Hemos de recordar que es efectivamente en 1970 con la ley General de Educación, cuando se anula la prohibición de la escuela mixta, generalizando la E.G.B. y un mismo tipo de curriculum para niños y niñas hasta la edad de 13 años.

A partir de estos momentos, la reflexión sobre la problemática escolar se centrará - hasta bien entrada la década de los 70 - en las desigualdades provocadas por su carácter clasista, en la falta de equipamientos y en la crítica de los contenidos y métodos de la enseñanza tradicional.

Se da por hecho que en la escuela se trata por igual a niñas y a niños, puesto que los programas van unificándose. Y que las desigualdades existentes son causadas por diferencias naturales, individuales o psicológicas que se deben respetar o no tomar en consideración.

Posteriormente, en 1984 se legisla la obligatoriedad de la escuela mixta en los centros públicos y subvencionados por el Estado.

Aunque pudiera parecer que con este hecho se lograba la igualdad para niños y niñas en el sistema educativo, la realidad y las innumerables investigaciones demuestran lo contrario. Es decir, que aún con un mismo currículum y en una misma aula, niños y niñas siguen recibiendo una educación diferente.

Hemos de ser conscientes de que la enseñanza mixta se implantó por motivos económicos y funcionales, sin que mediara reflexión alguna sobre su virtualidad más allá de la evolución social hacia una aceptación generalizada de la igualdad formal entre hombres y mujeres y de la mitigación de los prejuicios que dificultaran la concurrencia de niñas y niños en una misma aula.

Pero el objetivo de la coeducación no puede restringirse a eso. Hablar de coeducación requiere comprender que entre niños y niñas no sólo existen diferencias sino una desigualdad creciente.

La coeducación es un objetivo que requiere el planteamiento de las estrategias necesarias para contrarrestar dicha desigualdad a través de la acción educativa.

Escuela mixta y Coeducación son dos términos que expresan realidades bien distintas. En la escuela mixta conviven niños y niñas y, en general, tienen el mismo currículum, el mismo profesorado, comparten espacios y gozan de iguales deberes y derechos. Pero esta aparente igualdad no resiste un mínimo análisis desde la perspectiva del género.

El modelo de educación que da lugar a la escuela mixta no es el resultado de la fusión de los dos modelos anteriores, la educación masculina y la femenina, sino la generalización de uno de ellos, el masculino.

Así pues, el paradigma educativo de la escuela mixta es el patriarcado, reproduciendo cultura y valores masculinos, considerándolos como universales y óptimos. Esta generalización de la escuela masculina para toda la población escolar puede llegar a hacer invisible el trato diferencial que en ella reciben las niñas y las mujeres.

Evidentemente, no cabe desconocer la evolución que se ha producido en el tratamiento dado a niños y a niñas, a lo masculino y lo femenino, en la enseñanza. Sin embargo, la distinción dista mucho de la ilusión de mucha gente de considerar que la igualdad educativa es un hecho.

La realidad nos sigue ofreciendo indicadores insistentes que reclaman la necesidad de registrar los signos emergentes, las nuevas señales que ponen en evidencia la persistencia de rasgos discriminatorios en la educación.

La sociedad cuenta con mecanismos múltiples para la consolidación de los códigos de género en la mayoría de la población. La escuela es uno de ellos y difícilmente puede sustraerse a su entorno.

El sexismo marca, reprime y limita las posibilidades personales de los individuos de ambos sexos.

Pero tales limitaciones se «compensan» en los chicos mediante la valoración social de la masculinidad, mientras que para las mujeres la oferta es la adscripción a un rol devaluado y subordinado.

La pretensión de neutralidad de la escuela, colocándola por encima del bien y del mal, conlleva el oscurecimiento del lugar secundario en que las niñas, las alumnas y las mujeres finalmente, nos vamos

encontrando en la vida.

La lucha contra el sexismo educativo pasa por la desaparición de las diferencias entre los roles masculinos y femeninos, pero una desaparición que no ha de hacerse sobre la base de la generalización del modelo cultural masculino, sino sobre la emergencia de un nuevo modelo cultural en el que estén presentes, sin una evaluación jerárquica, las pautas antes separadas. Y ello, no para conseguir la uniformidad de comportamientos, sino para salvaguardar la posibilidad de que cada individuo, independientemente de su sexo biológico, adopte las formas de comportamiento que le sean más afines, sin que haya de ser penalizado por ello.

La coeducación implica un modo de relación con las personas, con la naturaleza y con las cosas que nos rodean que no pueden reducirse a una asignatura del currículum escolar o una parte del programa de cada área.

Atender a la coeducación implicará la reflexión-investigación-acción sobre la organización del centro, sobre los currícula de las materias, sobre las relaciones de comunicación y sobre el conjunto de tareas educativas (tutorías, evaluación, orientación, extraescolares...) que constituyen la vida de un centro.

No se trata de añadir asignaturas o coletillas en los programas de contenido de cada asignatura, sino de introducir otra mirada en las mismas.

Se trata de abarcar el problema en su totalidad y poner las medidas compensatorias necesarias para que desde la responsabilidad que compete a la educación se impida la perpetuación de la actual situación de desigualdad e injusticia, y se promueva una real igualdad de oportunidades.

El respeto a la diversidad exige acciones reforzadoras de los aspectos que han estado desvalorizados, relegados y asociados a un solo género.

Supone una organización escolar flexible, cooperativa y democrática, que permita una participación del profesorado, el alumnado y las madres y los padres en la vida del centro.

Requiere un cambio en la función social del profesorado que se ha de convertir en un docente reflexivo, investigador y crítico en la práctica, y esto exige un cambio en las condiciones laborales que permita que la innovación educativa no suponga una renuncia a la vida privada.

Exige un cambio en las relaciones de comunicación que establecemos y en el trato que en éste hacemos de lo masculino y lo femenino a través de la lengua.

Implica la planificación de una educación sexual integral, libre de tabúes, que se ha de desarrollar en un clima de libertad, legitimación del placer, conocimiento y estima del propio cuerpo, y actitudes de transparencia y veracidad por parte del profesorado.

Conlleva un cuestionamiento de los valores que se transmiten, de los estímulos que se utilizan.

Todas estas condiciones se contemplan en la reforma y en las declaraciones de principios del actual proyecto educativo de la Administración. Sin embargo, en la práctica y más en estos momentos en que se está aplicando enérgicamente la política de recortes presupuestarios, están muy lejos de hacerse realidad.

Y la consecución de este modelo educativo es el que guía el trabajo que desarrollamos desde el Colectivo Harimaguada.

El Colectivo Harimaguada (en sus inicios Mujer y Educación) surgió en 1978, a partir de la necesidad que vimos un grupo de mujeres de reunirnos, de discutir nuestra realidad cotidiana, de denunciar todo aquello que creíamos estaba mal, de profundizar en la problemática de la mujer en el campo educativo y de elaborar alternativas.

En un momento de nuestra pequeña historia (1984) y tras haber estado dos años formándonos y profundizando en el campo específico de la educación afectivo-sexual, presentamos un proyecto de Innovación pedagógica en la Consejería de Educación. Este fue el proyecto «Harimaguada-Educación Sexual en la escuela» que fue aprobado y tras dos años de experimentación propuesto como Programa de Innovación de la citada Consejería. Esto supuso que el Programa quedaba bajo sus directrices y que liberaba a una de nosotras para dedicarse a su coordinación. Esta opción fue muy debatida en nuestro colectivo, contrapesamos muchos elementos. Finalmente aceptamos y desde el curso 86-87 desde el campo profesional nos hemos dedicado en exclusividad a esta temática, hoy tres personas (en algún momento seis). Sin embargo, un elemento sí estuvo claro a la hora de tomar esta decisión. La asunción (en algún grado) por parte de la Administración, de la responsabilidad que le corresponde en este campo, nunca debería significar el fin de nuestra vida como Colectivo, el cual continuaba teniendo toda su razón de ser.

Y así ha sido.

A lo largo de todos estos años, el Colectivo Harimaguada ha seguido siendo en Canarias un referente claro en el campo de la educación afectivo-sexual y la coeducación. Hemos organizado jornadas en torno a esta temática, manteniendo nuestro Centro de Información y Documentación, participando en diferentes medios de comunicación, hemos dado nuestra opinión pública en torno a muy diversos temas que han sido noticia en nuestras islas (aborto, reforma educativa...), hemos establecido colaboraciones solidarias con diferentes colectivos de mujeres y jóvenes.

Y desde 1990, con motivo del 8 de Marzo, convocamos anualmente un Concurso de «Cuentos para la Igualdad», cuyo resultado ha dado como fruto tres pequeños volúmenes que recogen los cuentos premiados en cada edición, acompañados de algunas actividades que facilitan su tratamiento didáctico en el aula. Los objetivos básicos de

este concurso son fomentar la creación de materiales no sexistas, que nos ayuden en el trabajo cotidiano que podemos realizar en nuestras escuelas en pro de una enseñanza coeducativa y potenciar la participación de las niñas y mujeres en la creación literaria.

Como muestra de los cuentos premiados en este Concurso, exponemos a continuación «Caña-limón», premio de modalidad adulta en la edición de 1992.

Caña-limón

Ya sé que no estoy para quedarme en casa sola. O sí. Pero, en fin, que no quiero dejar mi casa.

¿Sabes Lucía? Esta casa me ha acompañado mucho tiempo, en los momentos más importantes de mi vida. En ella naciste tú, y en ella he vivido, y en ella moriré, si tú no sigues empeñándote en llevarme contigo a la ciudad.

¿Ves esa higuera de ahí enfrente, estas latas viejas con flores, esas piedras del patio donde más de una vez he resbalado... y las puertas de esta casa, de las que siempre te quejas, porque saliste más alta que yo, y te has llevado tus buenos taponazos..? Pues no podría vivir sin estas pequeñas o grandes cosas, según como se mire.

Tú has llevado otra vida que yo, y me alegro por ti, no sabes cuánto. Aunque no te haya ido muy bien en el amor hasta ahora y tu matrimonio terminara mal, te veo fuerte y dispuesta, y alegre, y estoy orgullosa de que seas mi hija.

¡Ay, el amor! ¿que te cuente sobre mis amores? Ay, estás loca. Yo no he tenido tiempo de amores, tan sólo de trabajar.

Bueno, sí, claro que estaba enamorada cuando me casé. O quizás no, creo que enamorada, lo que se dice enamorada, sólo he estado

una vez... de Esteban.

Siempre te quejas que no hablo de mí. ¿Pero qué quieres que te diga esta pobre vieja, si ya tú conoces mi vida? Levantarme, regar las plantas, desayunarme alguna cosita, trajinar por la casa, que aunque sea tan pequeña no sabes la suciedad y el polvo que ajunta, recoger dos tunos, dos peras o dos higos cuando es el tiempo...

Al mediodía me como lo que apetezca, unas verduras, un bistec cuando mata el carnicero, que no siempre se encuentra, y no me acostumbro a la carne congelada...

¿Sabes que ya hasta me están gustando los yogures? Tú dices que son tan buenos para el estómago.

Que te hable de mis amores, pues vaya manía cogiste hoy. Ya sé que eres mi única hija, y con quién voy a hablar de estos temas mejor que contigo. Pero, ¿qué quieres que te cuente, ya te decía que nunca he tenido tiempo de entrenarme en querer.

¿Tu padre? A él lo conocí en un baile, que era donde se iba a conseguir novio en ese tiempo. Mi madre iba conmigo a los bailes, bueno, iban todas las madres, y eran ellas las que decían con quién teníamos que bailar, y con quién no. A mi madre desde el principio le gustó tu padre, y aunque a mí «ni sí ni no», ella no paraba de decirme que bailara con él, que era un buen muchacho.

Eso sí. Era trabajador y honrado, y entonces era lo que importaba. ¡Y no sigas halándome de la lengua, que me pone muy triste recordar ese tiempo!

¿Si tu padre me regaló flores o me escribió poemas alguna vez? Cómo se ve que no lo conociste. Él trabajaba, y mucho, pero sólo sabía hacer eso. Era un hombre, como la mayoría de los del pueblo. Aunque no sé si está bien decirlo, si me hubiera casado con cualquier otro del pueblo, no hubiera notado mucha diferencia. Bueno... Este-

ban era distinto. A mí siempre me gustó, desde chiquilla.

¿Que te hable de él? Espera, que veo que no te resignas a dejar de saber nada. Voy a contarte la historia desde el principio.

Cuando casi todos los muchachos del pueblo comenzaron a irse de aquí, a emigrar a Venezuela, yo comencé a animar a tu padre. Tú tenías sólo tres años y no te acuerdas. Él estaba indeciso, pero yo quería que se fuera. Ponía en su corazón mi propio deseo de aventura, de conocer nuevos lugares, países, gentes...¿Pero a dónde iba yo con una niña pequeñita?

En realidad, quería que se fuera, y que me abandonara. Nunca le había querido, y si él continuaba aquí, yo no hubiera tenido fuerzas ni valor suficientes para irme contigo. ¿Que por qué nunca te había contado estas cosas? Pues porque eras una niña, para mí aún lo eres, y él era tu padre.

¡Está bien, no eres una niña! Pero no sé que tiene de malo ser niña. Yo recuerdo muchas cosas bonitas de mi niñez, a pesar de la escasez que existía en todo. Recuerdo cuando Esteban y yo llevábamos el queso que hacían nuestras madres a casa de las familias ricas para venderlo. A veces, nos desconsolábamos tanto, que le dábamos la vuelta al queso, y por la parte de abajo le hacíamos pequeños arañazos con las uñas, comiéndonos los "fisquitos" que rascábamos. Luego, le dábamos la vuelta al queso, y no había pasado nada.

Sí, creo que nuestro amor venía desde entonces. ¿Que por qué luego me casé con tu padre? Tú no sabes cómo eran las cosas en esos tiempos, una cosa era que te gustara un chico y otra era con quién te convenía casarte. A mi madre no le gustaba nada Esteban. Decía que era educado y todo eso, pero que para trabajar no servía, que era demasiado flojo y gandul.

Ah, sí. estaba contándote cuando tu padre se fue a Venezuela. La

gente decía: «Pobre Guadalupe, no tiene noticias de su marido desde hace años». Lo que la gente no sabía era que yo no contestaba sus cartas, que recibía siempre por fechas señaladas como tu cumpleaños, el día de la madre, Navidades, o por las fiestas del pueblo. Durante cinco años sus cartas fueron siempre iguales, los mismos comentarios en relación a la cantidad de canarios que llegaban allá, y al clima, que decía que era muy caluroso y húmedo. Los mismos sentimientos, que expresaba como único sabía: «Un abrazo de tu marido que te recuerda con cariño», y para ti, «De tu padre, que no te olvida».

Yo no contestaba a sus cartas, sólo dos o tres veces, y más por ti que por mí, pensando que no debería contribuir a que tu padre te olvidara, más pronto de lo normal. Suspiré aliviada cuando supe, por unos familiares venidos de Venezuela, que el que era mi marido tenía nueva mujer e hijos.

Después de eso yo me dediqué enteramente a ti. Quería que estudiaras, que tuvieras otra vida. También pensaba mucho en Esteban, imaginaba que algún día volvería por el pueblo y que quizás...Pero enseguida empezaba a pensar en la gente, en los vecinos; para ellos yo era una mujer casada, y en realidad lo era, bueno, lo soy aún, aunque haga más de veinte años que no veo a mi marido.

¿Quieres que te cuente cómo fue lo de Esteban? ¡Mira que me has sacado hoy! ¿Vas a escribir un libro acaso? Voy a poner al fuego un agüita, para que nos caliente la barriga, que la tarde se está poniendo fría. ¿Todavía te gusta tanto la caña limón?

Esteban se había ido a la ciudad con quince años, a trabajar a una fábrica de refrescos, donde también trabajaba un tío suyo, que fue quien lo metió allí. Nosotros siempre habíamos tenido nuestras cosas, miradas, alguna caricia, sonrisas...Recuerdo cuando bajábamos a la costa en verano, nos gustaba ponernos juntos para halar el chinchorro en la mañana temprano, que venía cargadito de pescado.

A todas las personas que ayudábamos, los pescadores nos regalaban un cubo lleno de sardinas frescas, con el que almorzábamos y cenábamos ese día.

Me casé ocho o nueve meses después de irse Esteban, todavía yo no había cumplido los dieciséis. Cuando se despidió Esteban, me regaló una foto y me dijo que se la había hecho especialmente para mí. Por detrás de la foto había puesto... A ver si me acuerdo...

Deseando siempre verte
cada instante y cada hora
éste que con fe te adora
te olvidará con la muerte.
Viviré por ser tu amante
y mientras viva te adoro.

¡Fíjate que tengo mala memoria, pero esto no se me olvida! Ya tú ves. La foto la tenía escondida, no sólo de mi madre, sino de tu padre. Y después, cuando él se fue, la miraba de vez en cuando, y releía el poema escrito para mí, yo no sé si es feo o bonito, pero a mí me gustaba.

Y pasaron muchos años sin verle. Cuando alguna vez fui a la ciudad pensé en averiguar sus señas, hacerle una visita, o llamarle, pero ya entonces él estaba casado y con hijos, y a mí me daba no sé qué. Ahuyentaba esas ideas y me decía si me estaba volviendo una vieja loca.

Iba a cumplir sesenta años cuando nos volvimos a ver. Regresó al pueblo. Su mujer había muerto hacía algunos años y sus hijos tenían trabajo en la ciudad. Toda una vida alejados y era como antes. Su frente estaba surcada por las arrugas, y sus rasgos se habían afilado, pero su mirada era la misma, brillante y risueña.

Yo, al principio, no daba pie a que nos vieran hablando, porque tú sabes cómo son los pueblos. Un hombre y una mujer solos, y donde

hubo siempre queda, y todas esas cosas que se dicen para mortificar... Él sabía que yo conocía de su vida, y yo también sabía que él conocía la mía. Porque en el pueblo todo se sabe. Yo lo pasé mal cuando él vino, hasta algunas veces deseé que no hubiera vuelto al pueblo. Si lo saludaba o si no lo saludaba, me parecía que todo el mundo comentaba.

Un día que fui a comprar a la venta, se pusieron a hablar de él: «Sí, la verdad, le hace falta una mujer, ese hombre está sólo, y aunque los hijos se acerquen de vez en cuando no es lo mismo. Mira que venir a meterse aquí, pudiendo estar con sus hijos».

-«Pero aquí no tiene mucho donde buscar. Que aquí, solteras y de su edad, no queda ninguna».

Yo me sentía arder por dentro. ¿Por qué no dejaban que cada persona viviera su vida, a su modo? Estuve a punto de salir de la tienda sin comprar, pero pensé a tiempo que si lo hacía les daría más razones para murmurar.

Fueron pasando los meses y los años. Yo estaba casi siempre sola. Él pasaba todos los días por el camino que pasa por aquí, detrás de la casa. Estuviera lo que estuviera haciendo, cuando le oía los pasos me entraba una cosa, no sé, como un nerviosismo, y hasta unas ganas de llorar...

¿Recuerdas cuando me compraste la tele? ¿Fue cuando cumplí sesenta y cinco o sesenta y seis? Sí, sesenta y cinco años. Yo te dije que para qué quería yo una tele, si no tenía tiempo de verla, y siempre me acostaba temprano. Pues la dichosa tele sirvió para obligarme a tomar una de las decisiones más importantes de mi vida.

Dos o tres semanas después de traérmela, recuerdo que por esos días tú te ibas a Inglaterra, llamé a Francisco para que me pusiera la antena. Él y su hermana, que es tan amañada como él para esas cosas, estaban colocándola, cuando pasó él. Yo estaba barriendo las hojas del patio y él se paró a hablar con los chicos. Después me

preguntó por la tele y yo le dije que había sido un regalo tuyo, que te habías empeñado, para que me distrajera. Él me dijo que tenías razón, y seguimos hablando, hablando..., las voces iban espantando el miedo, la cobardía...y se iban haciendo más alegres y claras.

Las palabras nos salían de muy dentro, como si hubieran estado ahí esperando muchos años, toda una vida...Hablamos tanto que Francisco y su hermana acabaron de poner la antena y se fueron a su casa. Esteban se había apoyado en la pared de la casa, y yo me había sentado en el muro donde están las flores.

Como empezaba a oscurecer, a mí me daba no sé qué seguir allí fuera, y no quería por nada del mundo que se fuera. Le dije que si quería entrar y se tomaba algo, y así probábamos la tele. No quiso café pero nos bebimos cada uno un vaso de leche con galletas. Nos quedamos hablando en la cocina hasta muy tarde, de tantas cosas que ahora no sé decirte.

En un momento, fue como que pasó un ángel, y nos quedamos callados. Yo no sabía qué decir y él tampoco se decidía hablar. Yo sabía que él ya no se iría. Le dije que se quedara.

Fuimos muy felices el poco tiempo que estuvimos juntos. Los comentarios del pueblo no nos hacían daño, y poco a poco se fueron apagando. Nunca me había sentido tan querida, ni había querido tanto... aunque fuéramos viejos. Tú no estabas aquí, y cuando regresaste de Inglaterra ya él no estaba. Pero recuerdo que me dijiste que me encontrabas distinta, ah sí, dijiste: menos madre y más mujer y amiga.

Un día después de comer, estaba él lavando la loza y yo barriendo la cocina; yo le comentaba no sé qué cosas, seguramente cavilando algún proyecto, ya que teníamos muchos. Me di cuenta de que hacía rato no me respondía a lo que le preguntaba. Cuando le miré, su cara estaba como paralizada, sus ojos, brillantes como siempre, no se movían, y un hilo de saliva corría por su barbilla. Sin embargo, las

manos, aunque temblaban, seguían dando vueltas al plato que enjabonaban. Murió a los dos días.

Me preguntas si hubiera sabido esto qué habría hecho, me preguntas si me arrepiento de haber vivido con él. Sí, claro que me arrepiento, me arrepiento de no haberlo hecho antes. No es fácil para una mujer tomar decisiones. Todo el mundo decide por ti, hasta que te acostumbras a que sea así. Decidieron por mí que no merecía la pena que estudiara, que era mejor casarme con tu padre que con cualquier otro muchacho... Con más de sesenta años tomé mi primera decisión. Será por eso que me encontraste cambiada, y será por eso que no me arrepiento.

Ahora me estoy acordando de un sueño que tuve anoche. Tú, que has estudiado Psicología, tal vez puedas decirme qué significa. Soñé que estaba sentada en el escalón del patio. Parecía primavera por la brisa y el cielo azul. Las plantas tenían muchas flores, y desde donde estaba sentada podía ver el mar. Al fijarme en la línea del horizonte vi un barco que se iba acercando rápidamente a la costa. Veía como al llegar a la playa se iban bajando del barco muchos hombres y en sus rostros, ya viejos, reconocí a muchos de los muchachos que emigraron hace tanto tiempo. De repente, uno me llamó la atención: era tu padre. Dudé si correr a abrazarle o esperar un gesto suyo. Me sonrió, y corrí, corrí, figúrate qué locura, yo corriendo como una jovencita. Me acurruqué en sus brazos buscando su olor, una caricia, no sé...Cuando levanté la cara para mirarle, no era él, era Esteban.

¿Tienes que pensar qué significa? Pues piensa, piensa...Lo malo es que yo creo que lo sé, pero no soy capaz de explicarlo.

Bueno, vamos a tomarnos el agüita, que ya debe estar fría...¿Te gusta?

M^a Elena Ramos Rodríguez